

Weyler, Patilla de Mono
Weyler, Verdugo mio,
tu ves como yo no lloro.
(Rumba de la época).

El noble pueblo cubano
con ser libre se consuela,
olvidando a Fonsdeviela,
y al canalla Valeriano.
(Copia popular).

Mi querido Valeriano
cuando te vayas de aquí
te llamarás Valeri
por que habrás perdido el...
(Copia guajira).

EL LIBRO

HACE unos días llegé a la librería de Valentín, a "Minnerva", uno de los tomos, el último, de esas biografías que con el rótulo de "Vidas Españolas e Hispano Americanas", publica la Empresa Editorial "Espasa-Calpe".

El título del tomo, Weyler, la vida de aquel personaje, ridículo y siniestro a la par, mejor, infinitamente mejor, o peor conocido en Cuba que en la tierra de su nacimiento, atrajo nuestro interés y nos hizo leer el libro.

Jamás, en ningún trabajo histórico de los publicados en la Península, sobre nuestras guerras de Independencia, y conste que los hay saturados de mentiras formidables, jamás, decimos, se ha enhebrado por un escritor, sarta más fantástica, más disparatada, de hechos imaginados, que nunca han sucedido, mayores incongruencias, dislates más garrafales, desconocimiento tan absoluto, no ya de la geografía de los lugares, de la cronología de los hechos, de los sucesos, de lo que son combates modernos, sino hasta de los mismos personajes españoles, citados por el autor.

WEYLER, UN ROCAMBOLE

Weyler, no aparece en los capítulos de la obra del señor Julio Romano, autor del libro, como un personaje de carne y hueso. La serie de sus falsas aventuras, increíbles, sólo se pueden encontrar referidas en la Iliada, o, más bien, en los ínfimos novelones policíacos: Rocambole es un niño de teta frente a Don Valeriano y para encontrarle a éste su digno pendant, sería preciso hojear las páginas más grotescas de un Salgari; juntar y barajar a matasietes, espadachines, bufones, mozas de partido, pugilistas, iyambas, diablitos y hasta souteneurs, todo ello en revoltijo con el Cid Campeador, el Empeinado, Pata Cumbá, Boves, Don Juan Tenorio y que sé yo con cuántos per-

sonales más. El ajíaco resultante, ése sería Valeriano Weyler, pintoresca especie de cogot, al que, encerrado en su mugre, hemos conocido todos en Cuba por su remoque-te. Patilla de Mono. Nosotros los cubanos sí podríamos apuntarle, a su erudito biógrafo, muchos y muy regocijados episodios, de los acaecidos a Don Valeriano en su larga vida, no sólo en Cuba, sino en la misma España y que olvida o desconoce el autor.

Naturalmente, no se comentan las fantasías, y fué por eso, y a pesar de la indicación de algunos amigos, que renuncié a notar los errores amontonados en este volumen, y no quise desmentir sus trápales, probablemente sopladas al oído del ingenuo señor Romano, por su protagonista, el trapaajón más grande que jamás haya existido en ningún país. No, este libro, remedo bufo de la Iliada y de los libros de la Caballería, no se podía tomar en serio. Los combates actuales, con el fusil Mauser, difieren un poco de los descriptos por Homero, y era, o es todo el libro, la más desmorecida guasa, la más divertidísima chungueta, desde el principio hasta el fin.

Pero el ejemplo del distinguido escritor cubano, señor Roig de Leuchering, anotando el libro, tomándolo en serio, me indujo a rectificar mi propósito y a echar, también mi cuarto a espadas, tomándolo por el otro lado, por el reverso, por el de la risa. Aquel chisgaravis, cubierto de oro y medallas, perfecto rey y señor del bluff, yendo y viniendo, cojeando y estercojeando como una Salamandra, entre los incendios, robos, destierros y ejecuciones, nunca logró asustar, en-

tristece, y menos hacer llorar a nuestro buen pueblo, a Liborio. En el climax de su proconsulado, las negradas jubijosas capturaban por las calles, muertas de risa:

Weyler, Patilla de Mono,
Weyler, verdugo, mio,
tú ves como yo no lloro.

WEYLER, POLICHINELA

Así, pues, lo primero que disuena, antes de abrir este libro, en su carátula misma, es el título aplicado por el biógrafo al exiguo, al recortado, retoño de judíos alemanes y mallorquines. Lo llama "Hombre de Hierro". Vamos, no nos haga reír, Don Julio, Weyler o Gielejea, otro de sus apodosos en Cuba, fué, más bien que éso, un polichinela de hoja de lata y esta sustancia, maleable y vulgar, estuche de

aceites y de conservas, este substratum de pacotilla, es la más adecuada, sentaría mucho mejor para refundir a su hombrecillo, que no el hierro, heróico y marcial.

Y le voy a explicar, querido señor: Weyler, tomado por lo serio en la España de la Restuaración, no seguramente por los Pí y Margall, los Estévanez, los Morotes,

los Burell, los Reparaz y otros, sino por los Julios Romanos, fué en Cuba tenido, sépalo bien por un tipo de relajo, choteado hasta lo infinito, asordado a trompetillas por un tal Maceo en Pina, del Río y al que otro tal Máximo Gómez clavó, junto al final de su nombre, sucio y mal oliente, allá por la Reforma, un rabo a trece meses de jargo.

Todo se explica porque ustedes ahí no conocieron a Weyler sino por la parte de afuera, por el pellejo, y nosotros aquí, por todas partes, encueros vivos, por fuera y por dentro, por su interior, por el intestino, como quien dice, y sabemos mejor que nadie lo que encerraba dentro de sí el homúnculo, tan incensado por su pluma.

LA RELIQUIA RESERVADA

Aquí, en este país, en Cuba, cuando la segunda guerra por la Independencia, en el 96, se le amputó a su apelativo el Valerí y se quiso dejar para regodeo de sue idólas tras, (¿lo es usted, Julito?), el resto de su nombre y éso, como un homenaje rendido, como una reliquia reservada a los practicantes de su culto, que parece aún, tiene feligrases. Pero todo es ¡Ay! frágil, dejizable, movedido en este mundo sublunar y, por desgracia, este respetuoso deseo no cristalizó, no se pudo llevar a cabo, por culpa de un otro tal, de un Quintín Banderas. Arremetió este Quintín sobre las tres letras que le habían dejado al General, sobre la cola,

se puede decir, y no le dejó sana, siquiera para remedio, una sola de esas tres letras, y le explicaré, buen amigo, cómo aconteció este estupro irreverente.

En cada ocasión, cuando el insigne soldado, émulo de Gonzalo Hernández de Córdova en Barleta, tras largas horas de meditación polioreética, de polémicos insomnios y de la versión de profusas millonadas, levantaba, digo, alguna de las 17 trochas por él construidas, maravillas de la fortificación, entonces, cuando ya estaban terminadas, guarnecidas y lis-

21

tas, surgía guason, por donde menos se le esperaba, el maldito negro, este Quintín de los diablos, seguido por la salvaje legión, por sus compañeros; caía sobre estas portentosas obras del ingenio militar y no les dejaba, créame, amigomío, un pliegue sano, pasándolas y repasándolas a su antojo y cuántas veces lo quiso. Nuestro Gran Capitán, como todos saben, salió de Cuba rico, muy rico; pero, como hemos visto, sin el Valerí y sin el resto y pasado por la piedra, moralmente, se entiende, por Quintín. Como tal vez no comprenda usted este dicho cubano, puede informarle su significado el señor Manuel Serafín Fichardo, Embajada de Cuba, Madrid.

ALGO EN SERIO

Ahora, algo en serio, por respetos a usted, señor Romano, y no a su Tersites, mal disfrazado de Aquiles.

Pasemos por alto las inexactitudes consignadas sobre la campaña de Santo Domingo y rectifiquemos sólo dos de ellas. Desde luego, es falso que muchas veces durmiera Weyler bajo el mismo techo que Gómez, Oficial, no del Ejército Español, sino de las Reservas Dominicanas, porque es sabido cómo al partir La Gándara de Baní, fué Máximo Gómez nombrado Secretario del Ayuntamiento de San José de Ocoa, donde era Corregidor el Brigadier Heredia, y nunca tomó, por tanto, parte en las operaciones llevadas a cabo por las columnas españolas.

Su otra inexactitud: esas hazanas de Weyler en Monte-Cristí, cuyo lugar y hecho de armas, no se adivina, por el contexto del libro, si ocurrió en Cuba o en Santo Domingo, y en donde aparece Weyler, Teniente Coronel de Caballería, grado conferido de seguro por usted, pues sólo era uno de los cuatro Comandantes de Estado Mayor, concurrentes al sitio y rendición de la plaza. Usted lo proclama el héroe de ese porfiado sitio, y la verdad es que no lo menciona, una vez siquiera, en su detallado relato, el Teniente General La Gándara, que fué quien tomó a Monte-Cristí, y no el obscuro Comandante, a las órdenes de su Jefe entonces, el Coronel de Estado Mayor Don Félix Ferrer.

CAZADORES DE VALMASEDA

Los Cazadores de Valmaseda fueron organizados por Weyler, sí, es verdad, y operaron bajo su mando, cuando la Guerra Grande, pero no fué formado este batallón, como dice, por negros, sino por licenciados de presidio, vagos y parásitos, casi todos peninsulares y, por lo tanto, blancos. La guerrilla de este batallón, esa sí se reclutó entre hombres de color, y jamás estuvo Weyler por la Ciénaga de Zapata, lugar apenas mencionado en la Guerra de los 10 años.

Dice usted: (página 48). "Los cazadores de Valmaseda se distinguen en los combates por su arrojo y crueldad; está formada esta milicia por unos cientos de hombres, que sienten la voluptuosidad de matar, y el placer del riesgo constante...—Weyler persigue con sus hombres, como galgo a la liebre, al jefe insurrecto Máximo Gómez, que le disputa el terreno y la nombradía... Poco después, Máximo Gómez dejaba el Campamento y huía con sus soldados"...

Estas loas y estos juicios los comentará, elocuente, el hecho real, histórico, escueto y sin comentarios, tomado de las mismas fuentes mi-

litares españolas y que pasamos a relatarle:

La primera y única vez en su vida, que se topó en la manigua ese 'arrojado y cruel' batallón de Valmaseda con Máximo Gómez, lo fué en la tarde del día 2 de Diciembre de 1873, en el Sao de Palo Seco. Nunca pudo suceder este acontecimiento antes, porque la zona de este Batallón lo era el Este de Camagüey y las Tunas, y hasta ese año 73, año de la muerte de Agramonte, no pisó Máximo Gómez la tierra Camagüeyana; hasta entonces no había salido nunca de Santiago de Cuba, donde se conocía por el Pino de Baire, Tí Arriba, La Socapa, La Indiana y por "La Chamusquina", que así bautizaron los insurrectos a la Invasión de Guanátamo. Nunca se vieron Weyler y el Caudillo cubano en la del 68.

EL SAO DE PALO SECO

En este día y en este año se tropezaron, por la primera vez, se conocieron, fué la presentación, se puede decir, del uno y de los otros, de la "tímida liebre", Máximo Gómez, y "los fieros galgos" del batallón de Valmaseda. ¿Y sabe el señor Julio Romano, un tanto ignorante de la campaña de Cuba, lo que allí pasó? ¿No? Pues yo se lo voy a contar, o mejor, prefiero que se lo diga en su opúsculo sobre la Guerra de Cuba el Brigadier del Ejército Español, Acosta y Albarrán, actor en esa campaña del Camagüey. Dice este General español en su página 27:

"Entre tanto seguía su natural curso la guerra, habiendo tenido lugar el día 2 de Diciembre de 1873, la acción de Palo Seco, en la cual la columna del Teniente Coronel Vilches, compuesta del batallón de Cazadores del Valmaseda. (oiga bien, Julio) y de 175 guerrilleros, fué atacada y destrozada por Máximo Gómez, muriendo aquel jefe, un Comandante, 26 oficiales y más de 400 individuos de tropa, (fueron 507 el número exacto de los macheteados), siendo hecho prisionero el

70

Comandante Vicente Martitegui que con 50 hombres más (fueron 60), que pudo reunir, se refugió en un fuerte en ruinas, con ánimo de defenderse... el enemigo, honrando su valor, le trató con la mayor consideración, y le devolvió la libertad, así como a todos los prisioneros, sanos y heridos.—Observe Julito el "odio de Gómez a los españoles", de los cuales jamás fusiló un solo soldado prisionero en las dos guerras.

CORRIERON MAS QUE LOS CABALLOS

¿Conoce el señor Julio Romano por qué he dicho, "la única vez", sabe por qué no volvieron a encontrarse después los fieros cazadores y el tímido General mambí? ¿No? Pues también se lo voy a decir. No se encontraron, ni amiguito, ya más nunca, porque los cazadores de Valmaseda desaparecieron para siempre del mapa de la guerra. El Capitán General Jovellar disolvió, rayó de los cuadros esta unidad, ya que sólo escaparon con vida, en la sabana de Palo

Seco, diez o doce cazadores, y eso, porque a pesar de ir a pie esos bravos, fueron más vejeles, corrieron más deprisa que los caballos de Gómez. He aquí, querido historiógrafo del tantas veces nombrado batallón, un bello epitafio para estos "tigres", y una hermosa etiqueta para los que se salvaron: Huyendo, corrieron más que los caballos.

NOTA

La Columna de Gómez, la componían 300 caballos y 200 infantes. Tuvo en esa función tres muertos y quince heridos, ni uno más ni uno menos. La verdad es, querido Romano, que la liebre se trasmutó en lobo, y los galgos en tímidos conejos.

¿CUANTAS LAGRIMAS SE HUBIERA AHORRADO!

Yo me permitiría sugerirle que en su próxima segunda edición, imite al General Jovellar; suprima todo ese canto épico, entonado a los bravos cazadores, y ponga en su lugar alguna otra cosa de mayor veracidad, v. g. que Quintín estaba castrado, o que Manuel García era hermafrodita. Eso sería muy bello y, sobre todo, original.

Caída la cortina sobre Palo Seco, reflexionemos. Fué una desgracia para España (cuántas lágrimas se hubiese ahorrado la noble nación!), que no estuviera Weyler al frente de su cazadores en esta jornada; y digo una desgracia, porque si se encuentra él ahí, no le valen marrullerías ni Julios Romanos. Se queda entre el espartillo, para pasto de las Auras y de los Jibaros, con el cráneo abierto de un machetazo, como le pasó al infortunado y valeroso Vilches, su sustituto en el mando de la columna; de haber estado él allí, tal vez no ocurriría para España la pérdida de sus colonias, ni la humillación de París, frutos, a no dudar, del maldéfico juicio mallorquín.

Y como para muestra basta un botón y son tan veraces como éstas del "Batallón de Valmaseda" las 221 páginas del libro, queda éste

desmentido en todo y en parte, de una sola vez y para siempre, con este episodio, con la decapitación de Agramonte, lo de Castillo, lo de la "Loma de Candela", la aventura truculenta con la hermosa cubana, los frustrados asesinatos y los ataques nocturnos. Jamás marcharon de noche, por lo menos en el '95, las tropas españolas. No ha leído usted un solo parte oficial de la guerra, la Prensa de entonces, ni siquiera "Mi Mando en Cuba". ¡No ha leído nada, Julito!

LO PARIÓ SIN CONSULTAR CON NADIE

"Weyler" es el fruto, la concepción, el parto de milagrosa partenogénesis. Lo concebí, gestó y parió usted solito, sin ayuntamiento alguno, sin una sola consulta, sin consejo de nadie. Y esto es más curioso cuando se considera, que este modo de concebir, se creía hasta ahora sólo propio de ciertos insectos. Es usted un fenómeno, Julito; es el primer humano que se transforma, por mérito de su obra, en insecto, pero la imaginación no es la facultad más propia para obras históricas. Tendría usted más éxito, amigo Romano, en la novela de aventuras. Salgarí es buen modelo.

DECAPITACION DE AGRAMONTE

Todo este capítulo, desde el principio hasta el fin, es una ristra de enormes infundios, recogidos, seguramente por el autor, de la propia boca de Weyler. Agramonte no fué "salvaje", "estúpido", "cruel" ni "fanfarrón". Ignacio Agramonte, jovencito, (usted debe ser muy joven, señor Romano; aquí en Cuba no lo hemos oído nunca mentar) fué abogado prestigioso, orador brillante e ídolo de la juventud cubana, por sus excelssas virtudes en la corta, pero gloriosa trayectoria de su vida; no tiene, en la Historia de Cuba, más que un rival o un compañero, y ése es un señor llamado José Martí, al que, spongono, conocerá usted, aunque sea de oídas. De éste "salvaje", de éste "estúpido", en parangón con Céspedes, dijo ese Martí en famoso discurso: "De Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud. El uno es como el volcán que viene tremendo e imperfecto de las entrañas de la tierra, y el otro es como el espacio azul que lo corona... De Céspedes el arrebatado, y de Agramonte la purificación..."

Agramonte

¡Vamos! qué más querría usted para sí Don Julio, con todo de no ser "salvaje", que después de su sensible fallecimiento, cuando éste ocurra, bocas consagradas en su país dijieran de usted lo mismo dicho por Martí de ese "estúpido" de Agramonte.

Con referencia a la muerte de éste, causada, como todos saben, por el azar, no tuvo Weyler más intervención sino la de organizar, escoger las unidades y formar la columna del Teniente Coronel Rodríguez de León y transmitirle órdenes para su salida, de acuerdo con sus funciones, de Jefe de Estado Mayor del General Fajardo. Jefe a su vez de la División del Centro. Cumplió, pues, un trámite reglamentario nada más. No estuvo, como se ve, en Jimaguayú donde cayó Agramonte, ni tampoco los de Valmaseda; fueron los tiradores de la sexta Compañía de León los que dieron muerte a nuestro Bayardo; sí, Bayardo, Julito, aunque usted lo tilde de salvaje, estúpido y fanfarrón.

ECOS DEL AGUACATE

Antes que se me olvide, Romano, debo explicarle algo, referido por usted en la página 117. Usted dice: "Weyler expelía un tufo acre y repulsivo; con él hería al que se le aproximaba".

Lo creemos: siempre fué él, por lo menos en Cuba, donde son muy populares los baños de aseo, su enemigo jurado. Aunque tal vez lo del tufo, acre y repulsivo, pudo depender de sus miseros intestinos. El General sufría, todos lo saben, de una vieja y rebelde Colitis, adquirida en Filipinas; y como era terriblemente goloso y fervido dilectante del Aguacate, sus médicos tuvieron, aquí, en la Habana, que proscribir de su mesa a la detonante fruta. Tal vez esos tufos, señalados por el biógrafo, serían aro-

mas del Escatol, residuos del Aguacate. Esto de los gases de Weyler, tiene gran importancia, Julio, aunque usted lo dude. Si dijo Zola que "una piedra en la vejiga de Napoleón III y viene abajo el Imperio", muy bien se puede decir de Weyler que unos cuantos vientos atravesados, uno cefirillo infecto, que dijo Quevedo, y se pierden las colonias. Esa pertinaz dolencia intestinal explica, como la fistula de Luis XIV, su política antillana y su "Mando en Cuba". Nueva sugerencia, Julio: para su otra edición. ¿No sería mejor sustituir la viñeta de la portada, el guantelete de acero, por un Aguacate?, eso sí, maduro por aquello de ¡Aguacate maduro!, etc., etc.

EL JAGUEY DE CABANIGUAN

Romano, pág. 176... ¿y es cierto, mi General, que volvían trayendo agrarradas por los pelos las cabezas de sus contrarios? ¿Es verdad o no que ensartaban a los niños en las bayonetas?

Weyler.—¿Qué cree usted que es la guerra?... En la guerra los hombres no tienen más que una consigna: matar..."

Vea usted, querido Julio, ya esto es harina de otro costal, ya se ajusta usted a la verdad, mejor dicho, esta es la sola, la única verdad deslizada, escapada de sus manos, parece, en esas 221 páginas de su amabilísima historia. La columna de Weyler sí fué terror de las pacíficas poblaciones, como bien dice usted y de los lugares por donde aparecía. Muchas mujeres cubanas, algunas, señoras distinguidísimas, las señoras de Moja, exterminadas a machetazos, junto con sus menores hijos; las 28 mujeres—algunas embarazadas—muertas a machete en "El Infierno"; muchas, muchas fueron asesinadas; pero nadie paraba mientes en eso, en medio de aquella guerra salvaje y sin cuartel, como lo fué la de los Diez años. Pero el suceso ocurrido el día 4 de Octubre de 1871, en el Jagüey de Cabaniguan, ése no tuvo igual, y fué funesto para Weyler, como se verá después.

LAS MUJERES CUBANAS, FUSTIGADAS

En ese día sorprendió la columna del Brigadier en una ranchería de este lugar, a los dueños de aquel gran predio, a los sobrinos de Francisco Vicente Aguilera, a los jóvenes Eugenio y Augusto Odoardo, macheteados en el acto en unión del negro calesero y del peón de ganado de la finca, negro también; fueron apresadas, además, varias familias, junto con el anciano don José Palma, Pepe Palma, rico hacendado y su hija Herminia, joven, hermosa y distinguida señorita de la mejor sociedad de Bayamo. En marcha para Tunas la columna ordenó el Brigadier pusieran en cueros a todas las mujeres prisioneras, orden cumplida en el acto, confrucción, por sus guerilleros, más que por nadie, por Herminia, bellísima mujer, de familia acaudalada, como le dije. Las mujeres, entre súplicas y llanto, echadas en el suelo, se negaban a levantarse, y menos a caminar en las filas de los soldados, entre las burlas atroces de los guerilleros. Airado el Brigadier, dió orden entonces para azotar a estas infelices, hasta hacerlas obedecer, y a latigazos las hizo marchar, desnudas al

paso de su columna. A poco llegó la noche y acampados en "Mal País" fueron violadas todas estas pobres mujeres por la guerrilla de la columna, la primera entre todas, Herminia, y ésta lo fué casi en presencia del anciano Palma, amarrado junto a ella, y cuyas quejas y lamentos oía el infortunado padre. Al otro día, en marcha para las Tunas, se tropezaron con el General español Morales de los Ríos. Indignado este caballeroso militar, increpó duramente al Brigadier, se hizo cargo de las mujeres, las hizo vestir con trajes de sus soldados, y desfiladas, desplomadas las miserables criaturas, sin poder marchar apenas, las dejó subir el piadoso General sobre las carretas de la impedimenta, llegando a la caída de la tarde, con su lastimosa caravana, a las Tunas. El viejo Palma había enloquecido en el trayecto, y su hija Herminia murió a los cuatro días de Peritonitis; horriblemente lastimada, desgarrada, en aquella noche abominable. Sobre ella se encarnizaron los guerrilleros, bien por su belleza, por castigar sus frases contra el Brigadier, durante esa mañana, y también por humillar, con estos ultrajes, a su orgullosa parentela, toda ella mambisa. Don José vivió muchos años en Manzanillo, donde acabó sus días sin recobrar la razón; recuerdo vivo en aquel poblado de la lúgubre tragedia, del repugnante episodio weyleriano, donde murió la interesante niña, muy conocida en la sociedad manzanillera.

—Aquí tiene usted, Julito nombres, fechas y acontecimientos auténticos para poder completar en su próxima edición, este capítulo de su obra, vivida y coloreada.

EL SÁDICO BRIGADIER

—Sin embargo esta pobre hazaña, buen Romano, fué censurada, aún en medio de aquella guerra salvaje provocó acres comentarios entre Jefes del Ejército español, y tal indignación, que se impuso más tarde destituir al sádico y degenerado Brigadier. Estas, y no las que usted señala, fueron las causas de su salida de Cuba.

—En honor a la verdad, y por el decoro de la raza, la violación, aún aislada, no fué un delito frecuente en ninguna de las tres guerras de Independencia, lo mismo en cubanos que en españoles; pero así, pública, impuesta como un castigo, ordenada por la autoridad, como sanción punitiva, jamás sucedió sino en este caso que le refiero, amigo Julito. Estaba reservado a su héroe establecer este "record", explicable y muy común entre alemanes, pero muy raro, es lo cierto, entre los de la raza española.

—Usted, que tan bien conoce la historia de los hombres de su país y de América, usted, que es muy inteligente, infiero, por su libro, convendrá conmigo que para arrastrar, para seducir a las gentes nuestras, digo así nuestras, porque no creo a usted, Julio, un chuetá, para ello es preciso otras cosas, otros gestos.

Cruelés fueron Boves, Morillo, Molina, pero se justifica la admiración de sus mesnadas, porque fueron hombres de pelo en pecho, hicieron hombradas. El león es cruel, pero es león, y lo que se disculpa a este animal no se le puede pasar a la garduña, y perdone amigo Romano, que con esta historietita me haya olvidado de mi primera oferta, la de no tomarlo en serio; pero hasta el mismo Molière callaría sus burlas ante Herminia Palma, la casi des-cuartizada virgen.

LAS FALSAS VIRILIDADES

Romano, pág. 48. "Weyler significaba para ellos (para los cazadores) la síntesis, la concreción de la virilidad."

Romano, Pág. 52. "No era un jefe el que los miraba, era la virilidad" y varias citas más, todas por el estilo, todas viriles.

—Yo creo más bien, Julio, que esas virilidades, su obsesión, parece, y sobre las que tan complacido insiste a cada paso, yo pienso que no sería en ellas, probablemente, todo áureo fulgor, y para aclararle el proverbio, tal vez no fueran glándula pura, vamos, masa limpia; algo debía andar por allí metida el agua; serían más bien virilidades, no a secas, sino con hidrocele.

—Razonando sobre el mismo interesante tema, tocado por usted, también se puede lógicamente inferir, por ciertos antecedentes, conocidos en la Habana, de muy posibles errores ópticos: esas "virilidades" residen, usted lo sabe, en la penumbra, y los bravos cazadores tal vez admiraron, sin sospecharlo, a otros órganos menos nobles; a los turgentes paquetes hemorroidales del General botados para afuera: todos saben en Cuba cómo Don Valeriano sufría cruelmente de aquello que en el argot francés se denomina "œillet" (clave), herido o mejor, deshojado por tan molesta afección; era ésto tan del dominio público que, cuando el General ordenaba cinco o seis fusilamientos de un golpe, la gente lo explicaba: "hoy tiene el paquete endemendiado, hoy se levantó con el tomate afuera, etc., etc." Y esta versión es muy plausible; pudo tener lugar este fenómeno de ilusión, Usted sabe, Julio, que con un poco de buena voluntad, a cada rato se trasmuta un órgano en otro.

LO BOTO DE CUBA ESTEVANEZ

Vamos a referir cómo y por qué causa ocurrió la salida del Brigadier Weyler de Cuba en Agosto del año 73. Dice Romano, pág. 65: "El caudillo hace falta en su patria... la fama de Weyler llena las bocas de adjetivos laudatorios."

—Estos motivos están muy lejos de haber sido la causa de su marcha para España. Era el Ministro de la Guerra de la República Española un gran español, honor, como Pi y Margall, de la raza; Don Nicolás Estévanez. Conocía Don Nicolás Weyler como a sus propias manos; fué su compañero en Toledo, juntos hicieron la campaña de Santo Domingo y sabía de él muchas cosas por sus amigos de Cuba.

—Recibió cierto día Estévanez la correspondencia del Capitán General entonces, Don Cándido Pieltain. Informaba éste de la marcha de la guerra de las operaciones, y al reseñar las de la columna Weyler, no ocultaba que "las duras represiones del Brigadier, dan pábulo, muchas veces, a nuestros enemigos para la crítica, etc., etc." Don Nicolás, sabedor, aunque tarde, de lo del Jagüey, y de otras cosas, por el relato de compañeros, decidió en el acto liberar a la Gran Antilla del peligroso antropoide, e incontinenti ordenó por el cable, a Pieltain, la destitución de Weyler y su embarque para la Península. Este incidente, rigurosamente cierto, lo he oído de la boca misma del austero Don Nicolás, Weyler, como de costumbre, haciendo de "oso", anunció al llegar a la Coruña sus protestas y los periódicos locales recogieron sus amenazas. A preguntas de un su interlocutor, nos dijo Estévanez, grave y reposado, como lo era aquel profeta de la Libertad:

—Pues nada: si llega hasta el Ministerio de la Guerra y me pide explicaciones, se las doy en el acto. Le hubiera dicho: Señor Brigadier, con esto que yo he hecho, con arrastrarlo a usted de Cuba, con eso solo, he

servido con creces a mi país y he justificado mi paso por este Ministerio. Ya me puedo retirar satisfecho, y ahora ¡vuélvase de espaldas, para aplicarle un puntapié en el trasero! Como el cagot conocía de sobra cómo se las gastaba Don Nicolás, optó por no visitarlo; ésto fué, con rigurosa exactitud, lo sucedido. "Don Nicolás lo destituyó de su mando en Cuba" y a nadie que haya conocido a este venerable varón, se le puede ocurrir, que siendo él Ministro de la Guerra, llamara a la Península, como salvador de España, a un ente a quien cordialmente despreciaba.

LO DE MACEO

Romano, pág. 90: "El cabecilla estuvo dos veces preso en España, una en Ceuta, otra en Mahón," etc.

—Ya el doctor Roig de Lauchering le rectificó: Antonio Maceo no estuvo jamás en España. Sus hermanos José y Rafael, si estuvieron. José, fugado de Cádiz, se refugió en Tánger y desembarcó en Gibraltar, con menosprecio del derecho de asilo, lo entregó el Comandante de la plaza al Gobierno español y fué recluido en el Presidio de Ceuta. Las interpeleciones hechas al Gobierno británico en el Parlamento por James O'Kelly, autor de la "Tierra del Mambi" y miembro de la Cámara de

Jos Conunes, y las reclamaciones inglesas, trasladaron a José a la ciudadela de Pamplona. Juan Gualberto y sus amigos españoles, por una parte, con la Legación británica, y el tenaz Kelly con sus gestiones por otra, lograron transferir a José para Mahón, de donde le fué fácil escapar, poniendo así término a una situación enojosa del Gobierno español con el Gabinete inglés. No sabemos cómo se ovidó al doctor Ortiz apuntar este noble gesto de Kelly en el erudito y bien documentado prólogo a su traducción de "La Tierra del Mambi". En cuanto al infortunado Rafael, león enjaulado en las Chafarinas, murió el año 82 en aquellos islotes y allí yacen sus restos, en humilde tumba, sin que a nadie se le haya ocurrido, por decoro nacional siquiera, trasladar las cenizas de este Maceo, muerto en el exilio, a su tierra natal.

ANTONIO MACEO.— INSOLENTE, SONRISA SALVAJE

Romano, pag. 97. "Quería humillar la cerviz de Antonio Maceo, de aquel Capitán insolente que enseñaba su salvaje sonrisa, etc., etc."

¿Que va usted a saber, Julito de Antonio Maceo, cuando no pudo conocer a Weyler, viéndolo a diario y en calzoncillos. Ese Antonio Maceo, hombre arrogante si los hay, admirablemente conformado, orgulloso y soberbio ejemplar humano, con todo

el porte y la refinada elegancia de un dandy, no tenía la "geta" ni la "sonrisa salvaje". Lo que más seducía precisamente, el atractivo mayor de aquel coloso de seis pies, acibillado a bajazos, eran sus modales tan suaves, su sonrisa acariciadora, su palabra, de dicción lenta y cariñosa. Cuando en la Acera se le veía discurrir, o sentarse a la mesa con los Generales españoles, sus amigos, que lo admiraban sí, Julito, al valor lo admiran los españoles; Santocildes, Lachambre y otros, la verdad es que a la gallardía de aquel gran mulato no la eclipsaban los rutilantes uniformes ni el esmalte de las Grandes Cruces.

Dentro de su cráneo, por la mensuración de su capacidad, tomada por la comisión antropológica que hizo el estudio cuando la exhumación de sus restos, cabían, no uno, dos cráneos Valerianescos; y en cuanto a las tan manoseadas "virilidades", este mulato, don Julio, en postura de Cojoso de Rodas, si su aglándulo amigo, perdone la palabra, muy estirado muy derecho, le cruza por entre las piernas, por mucho que se empinara no le hubiera llegado a la cruz de los pantalones.

Vamos, Romano querido: este salvaje hizo cosas un poco más difíciles que hacer un mal libro; hizo la guerra por largos años; si hubiera cambiado su oficio, porque tenía talento, si se pone a escribir libros, los hubiera hecho iguales, o quien sabe si mejores que los de usted, y no se ofenda, Julito.

—Créame Julio, este mulato si era un héroe de cuerpo entero; éste si se podía clasificar en la Iliada, éste sí, con 22 heridas estampadas en su cuerpo de bronce, éste si era un Ayax Talamón y no del cachin de su amigo.

—Cuando Weyler lo cercaba en el Rubi y dirigía sus tropas sobre imaginario Maceo, él se encontraba en la provincia de la Habana, a las puertas de la Capital, para "sonarlo" duro y bien. Pero en Maceo como en Bolívar, dije en otra parte, el héroe estorbaba algunas veces al Capitán. La casualidad lo hizo morir, cuando iba a infamar a su enemigo, arruinando en unos minutos un año entero de fortificaciones, de promesas y millones gastados, tomándole en su retaguardia a Mariano. Esa casualidad quiso dirigir su último bajazo, entre los muchos recibidos, hacia sitio mortal; pudo haber caído antes o, como Martí, en el primero.

MACEO LE PUSO UN INRI

—En toda esta campaña de Vuelta Abajo puso Maceo ignominioso Inri sobre la testa de Weyler, y en cuanto a que Maceo "negro ingenuo y valeroso desconoce el valor de la ciencia estratégica de la guerra"...

Olvida usted, Romano, que Maceo se graduó de General con casi todos los que lo fueron en el Ejército Español durante más de 25 años.

—El plan de guerra Weyleriano no pudo ser, perdone, Julio, más absurdo ni más estúpido. Descuidó durante un año casi a Maceo y a Gómez; los dejó en libertad de hacer los que les viniera en ganas, de completar tranquilos la organización de sus fuerzas, mientras él acumulaba sus tropas disponibles sobre la Habana y Matanzas, fáciles provincias (cuarenta y dos batallones), mientras destinaba a "cuidar" a Maceo en Pinar del Río, que era el temible, sólo ¡once! No aprendió la lección apuntada por Cánovas; no se incor-

poró aquello de "la guerra de Cuba sólo es cuestión de dos bajazos felices", casi la única verdad dicha en toda su vida por el estadista máximo de la Restauración. El azar quiso, que un anónimo soldado de San Quintín, disparara uno de los dos bajazos, pero como no pudo dar sus órdenes al azar, se fué para España cansado de esperar el otro bajazo; y eso que dijo en famoso telegrama de redacción maritornesca, pitorreada por "Gedeón": "No me chocaría que cayera Gómez", etc., etc.

—Pero concluyamos; este artículo se hace ya muy largo; ni Weyler ni el libro, obra festinada, merece tanto papel; ya lo dijo Esquijo, Ju-

lito, el tiempo no perdona lo que se hace sin su concurso.

—En resumen; lo que más resalta de su lectura, es su tesis, su obstinada labor para convencer a todos que fué Weyler algo fantástico, algo así como un suicida ante el peligro. En sus páginas aparece como un hombre temerario, de osadías increíbles, de vigor descomunal. Destripa con sus mandobles a los mambises por docenas, no ya en sus verdes años, sino hasta en el 96; es un Empecinado. Sus pugnas personales con los negros insurrectos, sus fieros machetazos, sus certeras trompadas, son más de admirar cuando se considera que las Hadas alrededor de su cuna, no fueron generosas más que con su querida; lo hicieron desmedrado, ruin, chiquitín; no le asignaron más dimensiones que las de una vil cagarruta.

SU VALOR A 36 KILOMETROS

¿Cuál fué el juicio de sus contemporáneos de los años mozos, cuando hierve la sangre en las venas, sobre los arrestos y bravura de este ejemplar, israelita más que español? Para terminar, para llegar a conclusiones positivas sobre esta tesis de Romano, para saber si fué o no Matamoros Weyler, hay que recurrir a estos testigos. No tuvo él, como Maceo, para no tener que probarlo, 24 heridas; no le mataron como a Gómez en la Invasión, amén de los bajazos recibidos, cinco ca-

ballos en unos cuantos días. No, él mismo confiesa, modesto, "las balas me han respetado". Y la Historia anota. No ha corrido más sangre suya que la vertida en sus crisis hemorroidales.

—Hay pues, que buscar los testimonios de "visu" donde los haya, hojear otros documentos, reducir a coeficiente este imponderable: la bravura de Weyler ante el fuego. En esta búsqueda ansiosa, nos sale al paso una ilustración, para nosotros concluyente, por su alta autoridad.

—Cuando salió el Capitán General rodeado de sus 30 batallones, 40

escuadrones y cuatro baterías, en
Febrero del año 97, para atacar a
Gómez en la Reforma, exhortaba
un periódico al General para que no
arriesgara su preciosa vida; él era
el General en Jefe, no era ningún
Teniente...

—Don Nicolás Estévez, que sí
fue un bravo soldado, su excompa-
ñero en la milicia, como antes dije,
dissipó los temores del medroso pe-
riodista, con la reflexión siguiente:
"No, no abrigue esos temores: nada
pasará al General: para que éste
pueda correr peligro sería preciso
que el machete de Máximo Gómez
tuviera 36 kilómetros de largo, y los
informes son, que es un machete co-
mo todos los demás." (Esto se lo
apropió Bonafoux). He aquí, pues,
la distancia, la zona heroica para
Valeriano, la medida lineal, en ci-
fras, de su valor. Era un valor a 36
kilómetros de distancia! Tableau.

*El Mundo
enero 6/35*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

REPUBLICA DE CUBA
MINISTERIO DE CULTURA
INSTITUTO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA DE LA HABANA